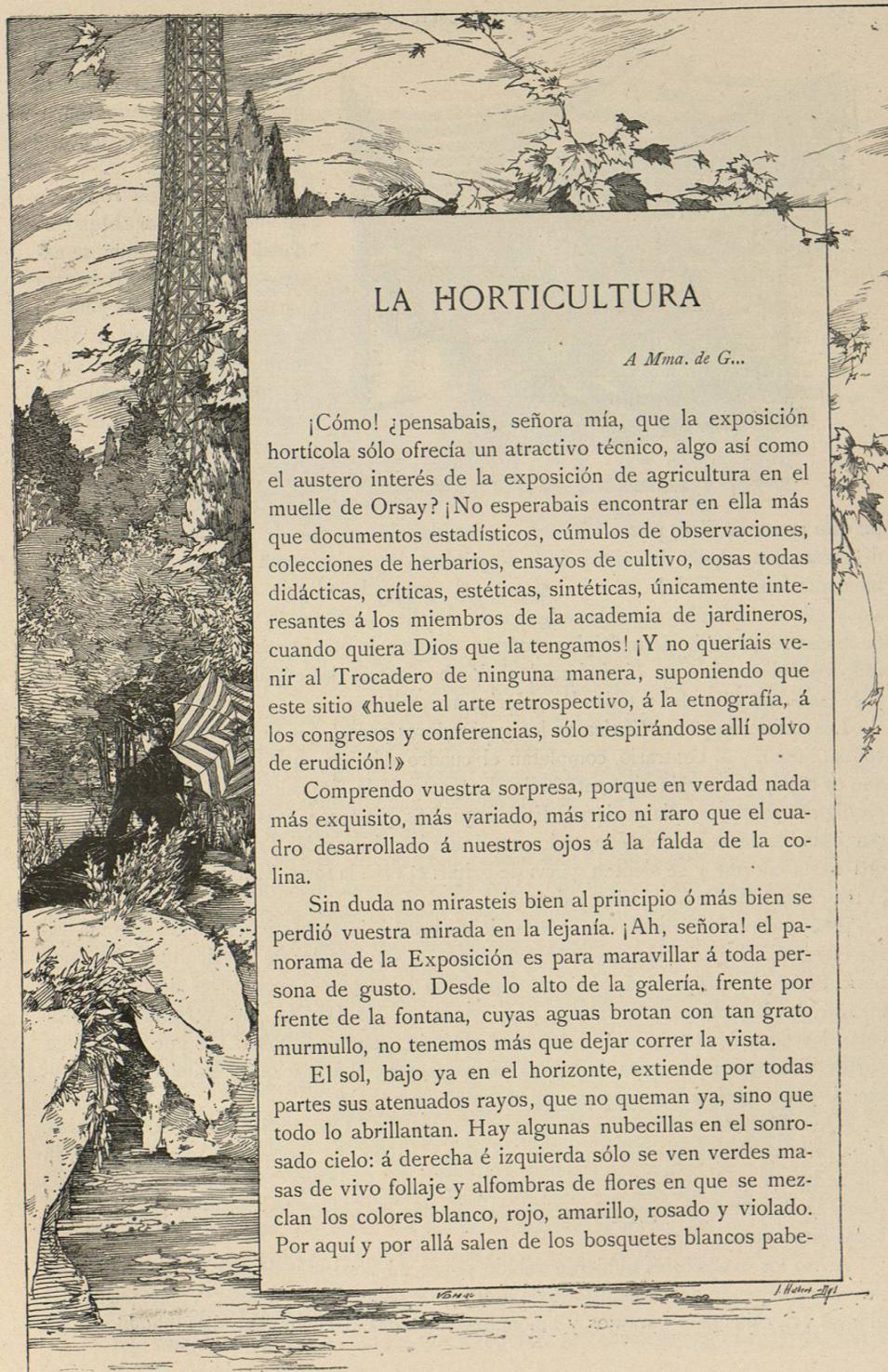
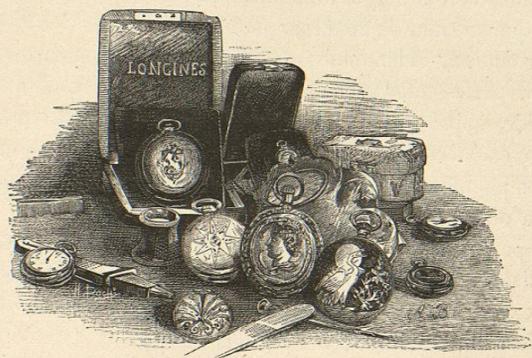


relojeros eminentes, á fin de elevar al mayor grado de perfección posible la fabricación por medio de las máquinas. Nada autoriza á dudar del éxito de sus empresas.»

El éxito se anunciaba con evidencia hace diez años; ahora fulgura á vista de ojos. Los esfuerzos lógicamente intentados por los hombres de aliento y buena voluntad para responder á las verdaderas necesidades de una época, no quedan nunca sin la justa recompensa de honra y provecho.

No terminaremos esta reseña sin consignar, como lo hacemos con la mayor complacencia, que la relojería suiza está dignamente representada en nuestra Exposición universal con lujosas instalaciones en que brillan sus elegantes y correctos productos, sobresaliendo por su riqueza y gusto la exhibición de los Longinos con especímenes de su famosa fabricación, que es sin duda la primera de Suiza.

LEÓN PRADEL



## LA HORTICULTURA

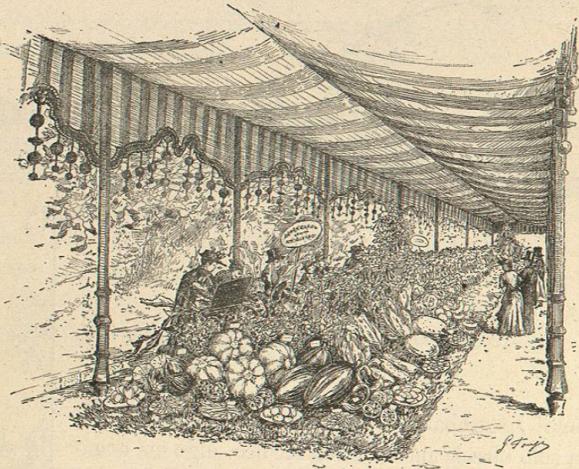
A Mma. de G...

¡Cómo! ¿pensabais, señora mía, que la exposición hortícola sólo ofrecía un atractivo técnico, algo así como el austero interés de la exposición de agricultura en el muelle de Orsay? ¡No esperabais encontrar en ella más que documentos estadísticos, cúmulos de observaciones, colecciones de herbarios, ensayos de cultivo, cosas todas didácticas, críticas, estéticas, sintéticas, únicamente interesantes á los miembros de la academia de jardineros, cuando quiera Dios que la tengamos! ¡Y no queríais venir al Trocadero de ninguna manera, suponiendo que este sitio «huele al arte retrospectivo, á la etnografía, á los congresos y conferencias, sólo respirándose allí polvo de erudición!»

Comprendo vuestra sorpresa, porque en verdad nada más exquisito, más variado, más rico ni raro que el cuadro desarrollado á nuestros ojos á la falda de la colina.

Sin duda no mirasteis bien al principio ó más bien se perdió vuestra mirada en la lejanía. ¡Ah, señora! el panorama de la Exposición es para maravillar á toda persona de gusto. Desde lo alto de la galería, frente por frente de la fontana, cuyas aguas brotan con tan grato murmullo, no tenemos más que dejar correr la vista.

El sol, bajo ya en el horizonte, extiende por todas partes sus atenuados rayos, que no queman ya, sino que todo lo abrillantan. Hay algunas nubecillas en el sonrosado cielo: á derecha é izquierda sólo se ven verdes masas de vivo follaje y alfombras de flores en que se mezclan los colores blanco, rojo, amarillo, rosado y violado. Por aquí y por allá salen de los bosquetes blancos pabe-



Instalación de legumbres

llones, y á lo largo de las avenidas que descienden se prolongan los rosados tendales en dirección de los verdes alfombrados.

Como negros rosarios móviles innumerables cordones humanos, que se extienden al infinito. A la otra parte del puente de Jena se engalana el Campo de Marte de dorado polvo y visos no imaginados. Todos los colores se atenúan y armonizan en el oro brillante de la tarde.

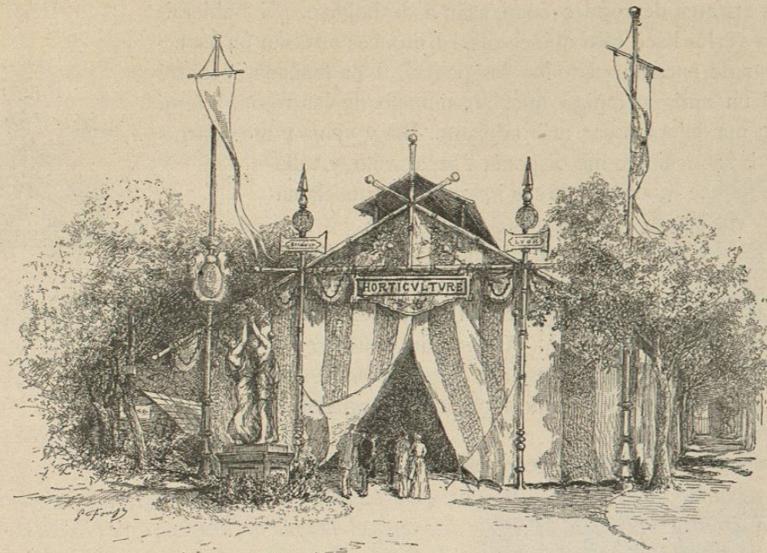
En ninguna parte se rompe esta armonía. Ved, pues: las torres coronadas de amarillo de Bolivia no tienen nada de grosero; la cúpula de cristal de la República Argentina toma finura; dórase admirablemente la torre Eiffel. El rojo, el azul, el naranjado, el gris, sinfonizan, por decirlo así, y allá en el fondo, en el hormigueo de detalles pintorescos, de salientes coloridos, de masas relucientes, de múltiples recortes, aparece lo que ingeniosamente se ha bautizado con el nombre de *ciudad azul*, el dombo central, las cúpulas de las Bellas Artes y de las Artes liberales y todas las galerías maravillosas.

Las chimeneas de la fábrica de los generadores parece que deberían manchar el cielo con su humo, y al contrario, completan el cuadro dándole movimiento. ¿No es verdad que es bello, extraordinariamente bello el aspecto de la Exposición en el cuadro de la prodigiosa capital que la encierra? Esas orquestas que tocan, esas estatuas que se levantan, esas banderas que ondean, todo eso, desde las alturas del Trocadero, da la idea de una fiesta enorme y se sienten ganas de gritar: «¡Viva la torre Eiffel! ¡Viva M. Alphant! ¡Viva el shah de Persia! ¡Viva todo!»

¡Muy bello! Pero os reiréis, señora, de mi lirismo intempestivo y tenéis sobrada razón: tregua al lirismo. Hemos venido á visitar la exposición de horticultura. En buen hora. Pero, ¿de qué se compone una exposición hortícola? Tenemos las flores para comenzar, las legumbres y las frutas para continuar, los árboles para terminar. ¿Dónde están las flores? ¿Dónde están las frutas? ¿Dónde están los árboles? Un poco por todas partes. Creo que no se trata de hacer, entre nosotros, clasificaciones. Vamos á la descubierta, y esto será, á buen seguro, mucho más alegre y grato.

¿Qué dirección queréis que tomemos? La derecha. ¡Oh! deslicémonos cuanto antes. Esta primera tienda que encontramos no tiene mucho de recreativo, que digamos: en ella se han reunido mil instrumentos de jardinería, rastrillos, injertadores, podaderas, palas, azadas, descocadores perfeccionados, fuelles de polvos insecticidas, regaderas de todas dimensiones, etc., etc.

Acaso los expositores hubieran debido poner un poco más de arte en sus instalaciones. Esto depende del desembalaje de esquina de calle, necio y vulgar. Veinte pasos más allá, se ven cajas para naranjos y limoneros, redondas ó cuadradas, desmontables ó no



Entrada de una de las tiendas

desmontables, acumuladas en forma de pirámides: creeríanse modelos de barricadas. Vienen las macetas á su vez: las hay de color de ladrillo, de color de tierra, y verdes barnizadas, con asas formadas por cabezas de león. Otro tanto se ve en todas las tiendas de azulejos y hasta en los simples tejares de provincia.

He aquí madejas de alambre para montar espalderas, modelos de cercas de jardines, altas y bajas, diversamente entretejidas, abrigaños para cubrir los vidrios de los invernáculos y de las camas ó tablas de mantillo.

Entre estas exhibiciones de interés moderado se han hecho lugar algunos industriales de mala muerte. El uno vende aparatos para tapar botellas; el otro instrumentos para pelar legumbres y partirlas según el guiso á que se destinan; éste ofrece una colección de anteojos de todas clases; aquél recomienda sus comederos para los volátiles.

¡Ah! os prevengo que no se han olvidado del corral. Al pie de la colina, en la calle de árboles que corre á lo largo del Sena, se ha instalado una *fábrica de pollos*.

— ¡Una fábrica de pollos!

— Textualmente.

— Sin duda os chanceáis.

— De ninguna manera. Parece que las empolladoras artificiales entran ahora en los accesorios de la horticultura... Pongamos que no ha habido sitio en otra parte para desembarazarse de esta especialidad... En todo caso, siempre que me he extraviado por esta parte he visto una multitud de papanatas apoyados en la baranda de palo que rodea la pollera, y muy ocupados en mirar los polluelos aun en la forma del huevo originario, y anadones patudos, patudos. No es cosa que captive, en verdad; pero después de todo cada uno se divierte á su manera.

— Pero ¿adónde están las flores?

— ¡Ah! precisamente iba á rogaros que volvierais la cabeza á mano izquierda. Estos

largos ariates de rosales comienzan á deshojarse. ¡Si hubierais podido verlos hace sólo quince días! Entonces ofrecían un aspecto capaz de encantar á todos los poetas. Una mañana encontré aquí á un antiguo amigo mío, apasionado de las rosas, y temí que no me dejara pasar más adelante. Iba y venía y me agarraba del brazo, cuando me disponía á separarme, y todavía me parece estar oyendo sus interminables exclamaciones y sus sargas de adjetivos.

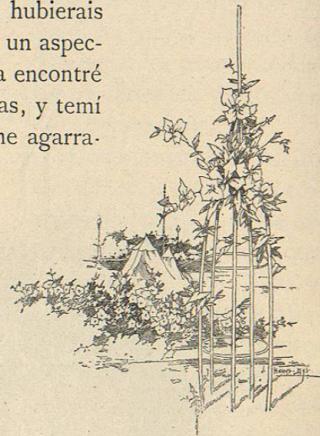
«¡Oh, decía con creciente entusiasmo, qué deliciosa variedad esta de la *Bola de nieve*, cuyas flores parecen de nácar! ¿Y esta de la *Duquesa de Cambaceres*, de flores tan delicadas y sedosas?... A propósito, estoy seguro de que no conoces la rosa *Luto del príncipe Alberto*. Es magnífica en su carmesí oscuro, de esplendor severo.»

Y continuaba la letanía de rosales, cuyos nombres apenas recuerdo: el *Duque de Connaught*, el *Julio Margotin*, la *Princesa Beatriz*, el *Triunfo de la Exposición*, la *Bella Lionesa*, el *Duque de Magenta*, la *Gloria de Dijon*. En tan prolongada lista había hasta un *Conde Carnot*, de flores amarillas festoneadas de blanco. ¡Hasta dónde venía á meterse la política!

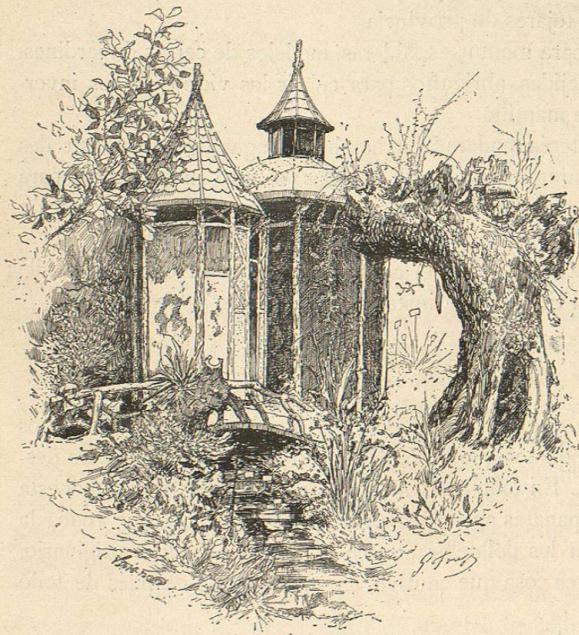
Mi amigo echaba el resto detallándome los encantos y perfecciones de las menores variedades. Sus frases parecían pasar por la paleta de un pintor, según lo ricas que eran en blanco de plata, en rojo de cereza, en blanco de marfil, en bermellón de fuego, en rosa lilácea, en púrpura aterciopelada, en amarillo de azufre, en grosella helada, etc., etc.

Pero aquellas rosas vivieron lo que viven las rosas.. el espacio de algunas tardes.

Todavía se ven algunas, pero el aspecto de conjunto se ha empobrecido. La estación ha pasado; sino que la buena naturaleza deja alguna latitud á los jardineros, permitiéndoles combinar florescencias precoces ó tardías y aun prestándose á sus combinaciones hasta cierto punto, pero no le exijamos nunca que vuelva á empezar. Cuando ha llevado á término feliz la gran eflorescencia normal, reserva su fecundidad para otro año. ¿Sabéis que se han contado en el Trocadero hasta dos mil quinientas variedades de rosales,



Tiendas de jardín



Kiosco y puente rústico

representadas por cinco mil plantas, de las cuales ni una sola ha dejado de producir sus ramos?

En efecto, desde mayo hasta fines de julio, era aquello como una apuesta de abundancia floral. Tanto peor para los rezagados que no se dignaron venir á tiempo. Os aseguro que la naturaleza ha hecho muy bien las cosas este año.

En el mes de mayo tuvimos, sobre todo, el esplendor de los rododendrones y la suavidad de las azaleas. Era la maravilla del Campo de Marte, al pie de las terrazas de los palacios, aquella florescencia de rosales encerrados en sus arriates, alzando en haces enormes su poderoso y brillante follaje decorativo y coronándose de flores innumerables, luminosas, deslumbradoras, semejantes y diversas al infinito. ¿Cómo expresar la escala de sus tonos y el capricho de sus detalles? ¡Armonías del malva claro, del malva empenachado de amarillo, del rosa cobrizo, del blanco mate, maculado de oro pálido, del blanco argenteado bordado de carmesí, del rosa salmón nacarado por el centro! ¡Fanfarrias de rojo ciruela y de violeta oscuro con reflejos de bronce, escarlata con puntos negros, rosa jaspeado de oscuro!...

Como diversidad era increíble; como efecto pintoresco era amplio y grande, tan grande y amplio, que únicamente las peonías alcanzan semejante magnificencia. ¡Lástima que estos fuegos artificiales de la primavera se extingan tan pronto!

Pero al lado de los rododendrones naturalmente majestuosos, hubierais admirado también las azaleas de gracias fluidas: el Trocadero rebotaba de ellas. ¡Ah! ¡cuán bellas flores son las azaleas, con sus cinco pétalos de papel de seda que el menor viento marchitaría, y cuya inclinada corola se tiñe de rosa, amarillo y naranjado!

En los invernáculos diseminados encontramos todavía algunas azaleas de la India, de pétalos punteados de rojo y dorados pistilos, cuyo follaje de un verde oscuro lustroso se redondea en forma de sombrilla y realza delicadamente la belleza y esplendor de las flores.

¿Hay algo más bello entre las flores ornamentales? Y sin embargo, debo confesarlo, creo que mi preferencia no está por esas bellas indias

